

# Alonso de Ercilla

Soldado y poeta de las Indias



Daniel Arveras Alonso

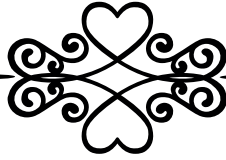
*A Pipa y Mima, eternos.*

*A Natalia, por su amor, generosidad y aliento.*

# Índice

ÍNDICE . . . . .	5
PARTE PRIMERA. . . . .	7
PARTE SEGUNDA . . . . .	105
PARTE TERCERA. . . . .	153
PARTE CUARTA . . . . .	253
PARTE QUINTA. . . . .	279
EPÍLOGO. . . . .	341
CRONOLOGÍA DE ALONSO DE ERCILLA . . . . .	351





## Parte primera

*Y haberme en vuestra casa yo criado,  
que crédito me da por otra parte,  
hará mi torpe estilo delicado,  
y lo que va sin orden, lleno de arte;  
así, de tantas cosas animado,  
la pluma entregaré al furor de Marte.  
Dad orejas, señor, a lo que digo,  
que soy de parte de ello buen testigo.*

Primera parte de La Araucana, Canto I, Estrofa:5.







## I

Madrid, 29 de noviembre de 1594

Mi nombre es Alonso de Ercilla y Zúñiga, y estoy muerto.

Ha ocurrido hace muy poco, tras agotar las escasas fuerzas que me han permitido respirar durante estas últimas semanas de enfermedad, manteniéndome aferrado a la vida por un finísimo hilo invisible.

Sin previo aviso, ni señal alguna de un súbito empeoramiento en mi estado más allá del continuo y acuciante deterioro físico que sufría desde hace tiempo, una espesa y extraña niebla lo ha cubierto todo de repente, provocándome un mareo intenso y sostenido al que ha seguido el ahogo final y la más absoluta oscuridad.

Por fortuna, recuerdo haber recibido los santos óleos días atrás, cuando todos pensaron que había llegado mi hora al

apenas responder ya a estímulo alguno. Aguanté unos pocos días más, tres o cuatro, sin apenas despertar de mi letargo salvo en un par de breves ocasiones en las que pedí agua con un hilo de voz trémula y apenas audible. Recuerdo luego haber besado un crucifijo que alguien me acercó, justo antes de perder el sentido de nuevo.

Difunto y de cuerpo aún caliente, me encuentro en un estado de dulce y serena placidez. No sé cómo explicarlo, estoy inmóvil y postrado en el tálamo, mis ojos están cerrados para siempre y mis labios sellados, pero capto perfectamente diferentes sonidos algo lejanos. Parecen murmullos de letanías y fúnebres plegarias mezclados con lloros sostenidos de mujer, además de otros ruidos extraños que no sé identificar, propios del momento de duelo que se vive ya en casa.

Pero, lo más extraordinario ocurre en mi mente, que se muestra más lúcida que nunca. Recuerdo y veo todo. La vida pasa despacio, dejando estelas de imágenes imborrables, pasajes del tránsito por este mundo que acabo de

abandonar, mostrándome quién fui, qué vi, qué sentí, qué hice, mis viajes, batallas, aventuras, versos, amores... en una compilación de momentos clave de mi existencia.

Debe de ser una especie de resumen biográfico que me envía el Altísimo en esta hora de partida, pues contemplo a personas que conocí y rememoro aspectos clave de mi pasado. Me llegan no sólo las imágenes, también recibo sonidos y percibo olores y sabores de muchos de esos pasajes, como si estuvieran ocurriendo ahora.

Pese a la calma con la que recibo este presente postrero que se me ha otorgado, soy consciente de que el Señor estará tomando nota sobre lo bueno y lo malo que hice en vida antes de tomar su inminente decisión de alzarme junto a Él en los cielos



o condenarme para toda la eternidad. Como debo resignarme a su juicio y sentencia inminente, pasa pronto esa cierta sensación de desasosiego e incertidumbre que siento por el destino de mi alma. Vuelvo a relajarme para seguir disfrutando de estas visiones que se me ofrecen en mi despedida de este mundo.

¿Quién fui en realidad?, ¿qué se dirá o escribirá sobre mí en el futuro?

Soy Alonso de Ercilla y Zúñiga y estoy muerto, pero lo recuerdo todo.

## II

Valladolid, agosto de 1548

El príncipe Felipe se encontraba al fondo de la larga sala de audiencias, de espaldas a la puerta por la que acababa yo de acceder y detrás de una gran mesa atestada de libros y papeles. Pese a encontrarnos en pleno verano, varios leños ardían en la cercana chimenea. Era temprano aún y el frío se seguía imponiendo entre aquellos gruesos muros del corazón de Castilla.

Contaba su alteza entonces con 21 años de edad y era padre de un hijo de tres años, el infante don Carlos. Pese a su juventud, era ya un hombre viudo tras fallecer prematuramente la princesa María Manuela de Portugal, su prima y primera esposa, al no superar una infección sobrevenida tras el parto y morir apenas cuatro días después de alumbrar al heredero.

De menor estatura de lo que había imaginado, pero bien plantado, leía de pie un documento que sostenía en su mano izquierda mientras escuchaba unos lejanos y vacilantes pasos que se aproximaban. Mi presencia le había sido anunciada momentos antes, pero seguramente no habría reparado dema-

siado en ello, pues quien entraba ahora con su tímido caminar era apenas un mozalbete sin oficio, título o distinción alguna. El papel seguía, aún, acaparando toda su atención.

Había llegado al fin mi turno tras intentarlo durante varios días sin éxito y quedarme siempre en la orilla, esperando largas horas en la antesala hasta que era instado a probar suerte de nuevo al día siguiente, pues su alteza ya no recibiría a nadie más en esa jornada.

Así, la emoción y el entusiasmo me embargaban por entero, atenazándome también un oscuro pensamiento: el temor a meter la pata y no estar a la altura de aquel momento solemne, unos minutos que podrían cambiar mi vida para siempre.

“Tranquilo, Alonso, tranquilo” me decía a mí mismo, mientras recorría aquellas decenas de metros que se hacían eternos.

Cuando el sonido de mis pisadas se hizo aún más audible, el príncipe giró su cuerpo al percibir la cercana presencia, posó el documento sobre la mesa y lanzó una mirada de soslayo a su derecha, donde se encontraba el poderoso duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel.

Mayordomo mayor del emperador Carlos y hombre de su máxima confianza, el duque había sido enviado por éste recientemente para ejercer también dicho cargo al frente de la casa de su hijo y heredero. Asumía esta responsabilidad tras la memorable victoria de las armas imperiales el año anterior en Mühlberg, cuando fueron aplastadas las tropas de los herejes príncipes alemanes. Su brillante desempeño al frente de nuestros tercios había asegurado el triunfo, en lo que supuso una demostración más de su magisterio en la estrategia bélica y el desarrollo del combate. Todos conocíamos sus hazañas, por las que era considerado el mejor general de Europa y el mayor terror de nuestros enemigos cuando lo tenían frente a frente,

en el campo de batalla. El alegre y luminoso jubón amarillo con brocados de plata del joven príncipe contrastaba con el mucho más sobrio, de raso y color verde oscuro, que lucía el imponente duque de Alba, quien le doblaba en edad, pues rondaba los 40 años por los 21 de Felipe, y le aventajaba también en estatura, sacándole casi una cabeza de diferencia.

Continué avanzando un poco más hasta detenerme a unos prudentes pasos de distancia para aguardar a que fuera él quien comenzara a hablar o, al menos, me hiciera alguna señal o indicación para que yo lo hiciera. Con el corazón en un puño, traté de respirar, serenarme y templar los nervios para que no me delataran en exceso cuando tuviera que intervenir, aunque me costaba conseguirlo.

La decoración de aquella sala de audiencias no ayudaba precisamente a templar mi estado de acelerada inquietud, sino más bien todo lo contrario. Hacía que me sintiera aún más cohibido e incómodo, diminuto en mi insignificancia al percibir la intensa mirada que el propio César Carlos me lanzaba desde un cuadro ubicado encima de la chimenea, detrás justo de donde su hijo me contemplaba. Sentía que cuatro ojos me atravesaban, seis en realidad si sumaba también la incisiva mirada del duque.

Además, las escenas de caza y pasajes mitológicos, plasmadas por los mejores maestros flamencos en los enormes tapices que colgaban de los altos muros laterales de la sala, habían provocado en mí una mezcla de temor y desasosiego desde que puse un pie en aquella estancia, sensación que no remitía tras haber detenido mis pasos.

Se tomó su tiempo antes de comenzar, tal y como me habían advertido que siempre hacía. Mojó previamente sus labios en la bebida contenida en un magnífico copón de plata con incrustaciones doradas y lo posó luego con calma en el

único hueco libre de documentos que ofrecía la maciza mesa de roble.

Cuando al fin decidió que era llegado el momento, su voz, solemne y pausada, salió de sus labios envuelta en un tono de lejano afecto. Eso creí percibir.

—¿Vos sois don Alonso de Ercilla?

### III

—Em... yo soy, humilde servidor de su serenísima alteza — contesté con voz temblorosa y la boca seca—.

—Mi señor padre, su cesárea majestad, me ha informado de que vuestra familia ha servido a la Corona con lealtad desde hace años. Y ahora, vuestra madre ha pedido que os acoja en mi casa como paje. ¿Es así?

Pese a que su tono había tratado de inspirar cierta confianza, el hecho de estar frente al príncipe y heredero del emperador por vez primera impresionaba a cualquiera, más aún a un mancebo como era yo entonces. La angustia me dominaba, transpiraba en exceso pese, mi respiración se desbocaba sin poder contenerla y la garganta me rascaba por su extrema aridez.

Al fin, respiré hondo un par de veces tratando de serenarme y traté de explicarme brevemente, tal y como se me había indicado.

—Así es, alteza. Soy el menor de los hijos de doña Leonor de Zúñiga, viuda de mi señor padre desde hace ya catorce años y señora de Bobadilla hasta que un pleito la desposeyó de ese título hace poco.

Permaneció en la misma postura mayestática, sin mover un dedo ni ocasionar mis palabras la más mínima reacción en su rostro.

—¿Cómo se llamaba vuestro padre? —Inquirió mientras miraba de soslayo a su mayordomo mayor, como tratando de recordar lo que, a buen seguro, él previamente le habría informado sobre mi familia—.

—Don Fortún García de Ercilla, alteza. Yo apenas le conocí, pues contaba con tan sólo un año de vida cuando Dios le reclamó de este mundo.

—Ah, sí, Fortún... curioso nombre. Mi señor padre me habló sobre los grandes servicios que le prestó en el pasado.

—Seguro que así fue, pues estuvo siempre a sus órdenes, fue premiado con el hábito de caballero de la Orden de Santiago y ocupó un puesto preeminente entre los miembros del Consejo Real hasta su muerte.

—Gran hombre, sin duda, si mereció el afecto de su majestad y quiso tenerlo cerca para un mejor gobierno. Habladme ahora brevemente de vuestra madre. Su nombre me resulta familiar.

—Doña Leonor de Zúñiga ha estado al servicio de la Corona muchos años, como guardadamas de vuestra madre, la emperatriz Isabel —que Dios guarde en su gloria— y, ahora, de la infanta María, donde sigue junto a dos hermanas mías, que son camareras.

—Doña Leonor de Zúñiga —repitió en voz queda—.

—Tal vez la recuerde, pues mi madre os conoció cuando erais un niño y correteabais por los jardines de palacio junto a vuestras hermanas.

El príncipe ladeó ligeramente su cabeza hacia el duque de Alba, quien interpretó de inmediato el gesto y se acercó con presteza para susurrarle unas palabras al oído. Aguardé inquieto, pues temía haber dicho algo inconveniente, pero me tranquilicé tras observar cómo asentía a las palabras del duque y éste retrocedía luego para recuperar su posición anterior. Entonces, continuó.

—Cierto, recientemente ha entrado en la casa de doña María, a quien le serán muy útiles sus servicios dada la proximidad de la boda de mi querida hermana con nuestro primo. Las próximas semanas serán muy intensas.

Así era, mi madre hacía poco que servía como guardadamas de la infanta María y, en aquellos días del verano de 1548, se esperaba en Valladolid la inminente llegada de su primo, el futuro archiduque Maximiliano de Austria, con quien se había concertado su matrimonio tiempo atrás, enlace que ahora iba a celebrarse por todo lo alto en la corte.

—¿Qué edad tenéis, Ercilla? ¿No sois un poco mayor para servirme como paje?

La doble pregunta era directa y procedente. La mayoría de quienes entraban a servirle, hijos de nobles y caballeros cortesanos, solían hacerlo antes de los 10 años. Respondí con sinceridad, mencionando una curiosa coincidencia.

—Quince años estreno hoy, pues tal día como este de 1533 vine al mundo en la villa de Madrid.

—¡Pardiez! —sonrió por vez primera— ¡Felicidades y que nuestro Altísimo Señor os dé largos años de vida! Pero —hizo una intencionada pausa— no me habéis contestado a la segunda pregunta.

—No os negaré que soy mayor que el resto de pajes que os sirven y que tengo aún mucho que aprender, pero os aseguro que lo haré más rápido que los demás —concluí con convicción—.

—No os expresáis mal, joven Ercilla, vuestra madre ha hecho un buen trabajo.

—Gracias, alteza. A ella le debo todo.

—¿Me serviréis fielmente?

—Por supuesto, es mi mayor deseo. Mi padre fue un fiel criado del vuestro, y yo quiero serlo de su hijo, aquí presente.

El príncipe Felipe giró de nuevo su cabeza hacia donde se encontraba el duque de Alba antes de proseguir. Esta vez el mayordomo mayor no se acercó, fue suficiente un leve cruce de miradas que expresaba un mismo pensamiento.

—Sea, pues. Desde mañana mismo seréis paje de mi casa.

—¡Beso los pies y manos de vuestra serenísima alteza! ¡Hoy es el día más feliz de mi existencia! —Exclamé mientras hacía varias exageradas reverencias—.

Luego, enseguida sellé mis labios e incliné la cabeza tras percibir la severa mirada de don Fernando Álvarez de Toledo. Mi arrebató de entusiasmo había sido un impulso inconsciente y juvenil, imposible de contener, pero, también, excesivo e imprudente. El príncipe, por su parte, continuó presto su par-